



Artículo: Tormenta derechista en México

Autor(es): Shedd, Margaret

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 80

Año: 2007

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Shedd, Margaret. "Tormenta derechista en México" *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM*, 80 (2007): p. 11-25. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3587>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
 - **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
 - **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.
-



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

○ REIMPRESOS

Tormenta derechista en México*

Margaret Shedd

El domingo anterior a la apertura de la temporada invernal de toros el difunto general Maximino Ávila Camacho, hermano del presidente de México, dio una función taurina de obsequio al público. Maximino operaba el coso capitalino. Durante esta misma semana los precios para la temporada fueron anunciados a una escala 50 a 100 por ciento más altos que antes. Los revendedores, de quienes se decía que trabajaban para la gerencia obtuvieron hasta \$180.00 por una barrera de sombra de primera fila. La cerveza subió de setenta y cinco centavos a un peso. Los toros fueron malos, y aun los toreros españoles importados no resultaron ser nada extra. Por consiguiente hubo motín.

El motín que yo vi en diciembre tuvo feas implicaciones. Felizmente habían boicoteado la cerveza y no hubo botellas para arrojar. Pero por todo lo alto del coso, en las filas superiores, las fogatas ardieron sobre los asientos de madera, y las grandes carteleras de estaño anunciando los funerales Gayosso y los cigarros Embajadores fueron arrancados y arrojadas hacia abajo con peligro de aquellos que habían pagado sus \$180.00 para presenciar una violencia sin comparación.

México está justamente en punto de hervor. Y puede explotar. Pero el cuadro es mucho más complejo que una tapadera bien sujeta con algo debajo y alguien encima. Obviamente lo que está debajo es el *pelado*, el hombre pobre; pero no parece ser él quien está empujando la tapadera. El hombre de la calle expresa sólo un hosco, frustrado resentimiento pero raramente la intención de forzar un cambio. Y la cosa importante acerca de los motines en El Toreo fue que ni mejores toros ni precios más bajos resultaron. Fue como si el pueblo se amotinara

* Publicado originalmente en castellano en la revista *Nosotros*, v. IV, n. 45, abril de 1945, p. 27-34. El editor del semanario aclara que se trata de “una traducción literal, con el propósito, cuando menos, de que sirva a los observadores como un punto de referencia para conocer la forma en que se nos juzga y conoce en el extranjero”. El texto fue publicado originalmente en inglés en *Harper's Magazine* de abril de 1945. La autora, norteamericana de nacionalidad, nació en Persia (hoy Irán), hija de un matrimonio de misioneros presbiterianos, y desde que se casó con un católico vivió casi siempre en América Latina. En la década de 1950 fundó, junto con Alfonso Reyes y con apoyo económico de la Fundación Rockefeller, el Centro Mexicano de Escritores, creado para apoyar a jóvenes escritores. Su primer becario fue Juan Rulfo, quien —según sus palabras— llegó a publicar *El llano en llamas* y *Pedro Páramo* gracias a ese apoyo y a la generosidad de Margaret Shedd. Ambos, ella en este reportaje, y él en sus dos obras maestras, retratan el mismo México rural, derrotado, y que se niega a cambiar. (N. del E.)

para hacer deporte con su propia impotencia, no realmente con la esperanza de obtener algo.

Más significativo en el momento de escribir esto: los precios regulados en diciembre para artículos alimenticios no han sido aún hechos efectivos. Las tiendas "1-2-3", una cadena operada por uno de los más emprendedores jóvenes de México, están respetando los precios oficiales. Quizá algunos otros lo pretenden; la mayoría no. Se tuvo por seguro, por ejemplo, que no había leche para vender en el área de precios controlados; los niños tuvieron que pasársela sin leche y sus padres tuvieron que salirse de sus cálculos pagando el viejo precio. Como el pueblo pobre no podía hacer ninguna de estas dos cosas su consumo de leche permaneció exactamente en lo que había sido, cerca de la nada. La atmósfera en México actualmente es de una pesada e insalubre desesperación, y lo mismo parece el futuro. La próxima elección presidencial vendrá en el verano de 1946; entonces la apariencia exterior del país puede ser calmada, pero de hecho 1945 será un año de violenta actividad política, detrás de las bambalinas; el principio de una lucha por el poder. Y ésta es pelea de algún interés para nosotros, porque cualquier elemento que asuma el control de México en la era posbélica pueden bien controlar el resto de la América Latina; México tradicionalmente señala la tendencia hemisférica y su influencia sobre sus vecinos del sur es grande.

La cuestión es: ¿de quién será México? Un número de poderosos grupos se ha sumergido ya en la pelea por la posesión. Este artículo es el análisis de sólo uno de ellos: sinarquismo, la cabeza de lanza de un elemento que pretende hacer un fuerte esfuerzo por controlar la posguerra durante el año corriente. El sinarquismo es, para la mayoría de la gente en los Estados Unidos, un inquietante, contradictorio y aun atemorizador movimiento. Una organización que canaliza la frustración de sus masas seguidoras hacia una profunda cañada de tumultuosa, irrazonable, pero rígidamente dirigida conducta política.

II

¿Qué es sinarquismo y qué son los sinarquistas? Siempre que he discutido el sinarquismo con sus propios líderes ellos han acusado a los escritores americanos de que llaman injustamente "fascista" al movimiento. Y probablemente tienen razón, porque el movimiento no es de ninguna manera tan simple como eso. Así, esta descripción deja fuera la palabra fascista y en gran parte permite que las palabras escritas y dichas por esos mismos líderes hablen por sí mismas.

Sinarquismo es un movimiento político armado basado en el caudillaje o en el principio del *jefe*. No es un partido y rehúsa el empleo de medios establecidos tales como la votación para asumir el poder. Sus propósitos declarados son liquidar la Revolución Mexicana de la pasada generación que hizo un cauteloso movimiento hacia la entrega de la tierra a los campesinos y demoler —no reformar— el presente gobierno. Conforme al panfleto *México en 1960* escrito

por Juan Ignacio Padilla, sublíder, su meta final es un estado corporativo clerical.

Sus fobias son los movimientos revolucionarios mexicanos de 1810 y 1910: el comunismo, usado como un término flexible que permite cubrirlo todo, desde el *magazine Time* hasta el sistema de las escuelas oficiales; y especialmente el ex presidente Lázaro Cárdenas con toda su obra. Él es el demonio principal indudablemente debido a sus reformas agrarias. Bajo su dirección, de 1934 a 1940, los artículos de la Constitución de 1917, que proclamaban la distribución de la tierra, educación y derechos obreros, fueron aplicados consistentemente por primera vez. Asimismo vigorizó los artículos que imponen la separación de la Iglesia y el Estado, los cuales los sinarquistas objetan violentamente; pero otros presidentes antes que él habían aplicado estas leyes mucho más vigorosamente. Debe añadirse que una de las más constantes líneas de ataque del sinarquismo ha sido contra los Estados Unidos, un antigringuismo que va de [la] mano con un antisemitismo, aunque por un tiempo —en 1944— curiosamente la propaganda antigringa fue suspendida.

El movimiento cumplirá ocho años de edad en mayo, y ha reclutado un ejército bien entrenado y disciplinado de algo así como medio millón a un millón de miembros. Estos “soldados” son rigurosamente controlados desde arriba por un líder secreto, o grupo, admitido pero desconocido. El líder o el grupo designan al jefe supremo visible que a su vez designa el jefe que está bajo de él y así sucesivamente hasta el más pequeño grupo. El jefe supremo visible es cambiado cada pocos años —presumiblemente para estar seguros de que ningún hombre podrá construirse un arrastre personal que pudiera desafiar el control de los directivos invisibles—. La organización estructural es militar, cuatro escuadras para un grupo o cuadro que consta de 32 soldados y 2 jefes. El detalle es magníficamente sistematizado desde arriba; nada se inicia desde abajo aunque se exige de cada grupo un exhaust[iv]o reporte mensual.

Por ejemplo, el comité de El Paso, Texas —el movimiento no reconoce fronteras—, consiste en un jefe municipal, un secretario de correspondencia, un líder de juventud sinarquista, así como secretarios de finanzas, prensa y propaganda, organización y estadística, colonización, educación, actividades feministas y un líder de organización infantil. El trabajo de estos diez líderes es reportado, registrado y analizado —junto con los datos de muchos otros grupos— en la Oficina Nacional, avenida Morelos 74, de la ciudad de México.

Las reuniones de los grupos son frecuentes, duran una hora y media. Los jefes son instruidos para contestar preguntas, pero no existe votación ni discusiones. La mayor parte del tiempo es dedicada a una cuidadosa, elemental oratoria que versa sobre “la sangre y los mártires sinarquistas”, o a la lectura en voz alta del periódico oficial. Los propósitos del movimiento son aquí ponderados en términos difusos, vagos y místicos. Un tópico favorito para discursos es “el divino y bello destino de la mujer”, que significa exactamente lo que dice: sufrimiento, sacrificio y aceptación; sin embargo, existe numerosa membresía femenina. Instrucciones

específicas para actividades en las cuales los “soldados” deberán tomar parte, son dadas en los mítines aunque raramente explicadas. Estas instrucciones son anunciadas en el último minuto antes del tiempo fijado para su ejecución; la sorpresa es un elemento primario en las tácticas sinarquistas y los soldados están entrenados para actuar sobre corto aviso.

Aun ahora, después de ocho años, ninguno de los líderes nacionales visibles del movimiento es mayor de 30 años, y la mayoría son seleccionados entre las “buenas” familias de holgada, rica e impecable ascendencia hispánica. Usualmente pertenecen a ciertos clubes de cacería, que gradúan hombres aptos para dirigir maniobras militares. Estos militares caen dentro de tres tipos: los muy guapos, como Manuel Torres Bueno y Juan Ignacio Padilla, los actuales *jefe supremo* y *subjefe*; unos pocos del tipo de tropa de asalto; y generalmente hombres jóvenes con altamente sensitivas, trágicas caras (tengo la impresión de que este tercer grupo está siendo desbrozado). Pocos de los jefes dan la impresión de ser algo más efectivo que maniqués de aparador; no son ciertamente lo bastante inteligentes para crear la bien articulada política que se les impone desde la elevada jefatura secreta. La mayor parte de ellos sólo aparenta ser monos muchachos de buena familia, muy ardientes, simpáticos y amenos. Las excepción a todo esto es un tal Salvador Abascal, que estuvo a punto de desintegrar el movimiento, como veremos adelante.

Las grandes fiestas del movimiento son el 12 de octubre, Día de Colón, que ellos llaman Día de la Raza Hispánica; el Día Oficial de los Mártires en julio 11, y el Día de la Fundación, en mayo 23. Sus héroes son Porfirio Díaz y Santa Anna, dictadores de largo y corto término, e Iturbide, el emperador mexicano de 1821. Estos tres tienen en común que la Iglesia floreció bajo sus regímenes. Pero sobre todo, Hernán Cortés —el “divino soldado”— es su héroe. La verdadera nostalgia del sinarquismo son los primeros días coloniales, su deseo de reconstruir un modelo de la España del siglo XVI, cuando la jerarquía de la Iglesia y los nobles terratenientes eran indiscutidos.

En sus expresiones públicas el sinarquismo ha tenido siempre la ventaja de prometer y amenazar a cada quien y en todas circunstancias, no importando las contradicciones. Ataca apasionadamente el sistema de ejidos, las pequeñas posesiones de tierra, trabajadas individual y colectivamente, que Cárdenas parceló entre las grandes posesiones de tierra. Al mismo tiempo su más elocuente moto es: “¡Campesino, la tierra será tuya! ¡Campesino la tierra será tuya! Tuya solamente como una esposa. ¿Para el político? ¡No! ¿Para el explotador, ino! ¡Tuya! ¡Por esto has peleado! ¡Por esto has sangrado!”

El prólogo de *Los 16 puntos*, un bien conocido panfleto sinarquista, pone mucho énfasis —en la edición inglesa— sobre las reformas sociales. Pero todos los esfuerzos del gobierno hacia esos fines, tales como centros de salud y programas de seguridad social, son asaltados no solamente con palabras sino, en el caso de los centros, con garrotes y piedras.

Antes de Pearl Harbor, los sinarquistas eran abiertamente pro-nazis y pro-japoneses. Ante la actitud oficial bélica del país y el creciente respeto popular

hacia el esfuerzo guerrero de los aliados, la línea de retirada del sinarquismo fue, primero, proclamar que México no tenía interés en la guerra por ningún lado. Luego cuando México declaró el estado de guerra ellos se opusieron a la conscripción. Cuando la conscripción fue puesta en efecto, ellos trataron de evitar que los jóvenes respondieran al llamado; cuando a pesar de todo los muchachos respondieron y la conscripción fue un éxito —el nuevo ejército es popular en México— los sinarquistas se opusieron a que cualquier mexicano fuera enviado al extranjero, a pelear. En enero, perdieron también esta pelea: la Cámara de Diputados pasó una ley autorizando el servicio en el extranjero. Podría aparecer que los sinarquistas han venido haciendo una campaña de derrotas en toda la línea; pero ellos tienen una notable habilidad para convertir las derrotas actuales en futuras victorias.

III

Los antecedentes del sinarquismo son profundamente complejos

En la enredada carta genealógica se encuentran los nombres del nazi Wilhelm von Faupel y su Instituto Ibero-Americano; la Organización Cultural para la América Latina; Hellmuth Scheriter, profesor y agente nazi; el filósofo argentino Julio Mienvielle, oráculo intelectual católico de la dictadura Perón-Farrell; muchos falangistas, incluyendo cuando menos a uno de los actuales embajadores de Franco en la América Latina; y mucho tiempo atrás, los sangrientos, trágicos, terroristas *cristeros*; la Confederación de la Clase Media, y la muy secreta *Liga de la O*; y bien abiertamente de vez en cuando, ciertos miembros de mentalidad política pertenecientes a la clerecía de México y los Estados Unidos. Respecto de los últimos, uno debe creer que sus actividades son contrarias a la profunda misión de la Iglesia católica y que no son más legítimos representantes de la filosofía política de la Iglesia que sus antidemocráticos contrapartes en la Argentina, que fueron discutidos por George Doherty en el número de enero de *Harper's*. Pero eso no borra el hecho de que su actividad política sea muy efectiva.

De esta aparente confusión de ancestros una cosa resulta clara. Las raíces del sinarquismo son tan antiguas como el amargo conflicto que ha revuelto las entrañas de México desde su principio, la lucha entre los poseedores y los desposeídos, entre los propietarios privilegiados de grandes haciendas y los campesinos que las trabajan y en este caso, como antes, los poseedores de la tierra usan con gusto la ayuda extranjera. Los extranjeros han entrado siempre del lado de los poderosos de México: los españoles, los franceses, los gringos, los alemanes y nuevamente, con Franco, los españoles. Pero esta vez los poseedores de la tierra han encontrado una nueva técnica; están usando a los desposeídos contra sí mismos; han desintegrado los rangos de sus enemigos los pobres. Esto por supuesto es un nuevo florecimiento de muy viejas raíces.

Nosotros en este país solemos olvidar que México tiene una historia mucho más larga que la nuestra. Imperios han vivido y han muerto y uno estaba cuarteándose cuando Hernán Cortés vino a la ciudad de México; eso fue no mucho tiempo después de que Colón había desembarcado en las Indias Occidentales. Con Cortés vinieron secuencias de eventos que hacen a nuestras pequeñas guerras y revoluciones parecer grotescas. Por una razón, la gran tradición pagana no ha sido nunca extirpadora de México; la misma población predominantemente india habita la tierra. El santuario de la virgen de Guadalupe, reina de Hispanoamérica, fue el santuario de una diosa tolteca mucho antes de que aparecieran los españoles.

El punto es —y esto no siempre es fácil de captar por los norteamericanos— que un estado de privilegio para la elite continuó usufructuando una viviente tradición. Los conquistadores y la Iglesia tomaron su tierra de grupos similares, que habían tenido igual o mayor fuerza antes que ellos. Y los esclavos fueron esclavos antes y después de la Conquista. Así ahora, más o menos, se tiene por seguro que los pobres viven hambrientos hasta el pellejo y que los ricos suelen tener tres Packards. Esta situación está profundamente arraigada en la conciencia racial de ambos, pobres y ricos.

Pero existe otro aspecto de esta misma herencia. Cuando el muerto de hambre protesta lo hace con una violencia convulsiva cuya fuerza no es jamás olvidada por quienquiera que la haya sentido, ni por sus descendientes, jamás. Nosotros no debemos nunca subestimar la profundidad y tenacidad del impulso del pueblo mexicano hacia la tierra y la libertad, como tampoco podemos subestimar el fiero impulso del grupo superior para retener sus privilegios y restringir la libertad. El tiempo de Porfirio Díaz fue la última época dorada para ese grupo y si uno habla con un buen porfirista, la primera y final impresión que recibe es la de una falta de realismo a la que sólo excede la vacua autosuficiencia que le acompaña. Pero la cosa que un porfirista teme más en el mundo es la violencia de los pobres. Y el sinarquismo ha encontrado el modo de asegurarse contra ella.

No es sorprendente, pues, que el sinarquismo fuera organizado por un grupo de jóvenes privilegiados y muy religiosos bajo la égida de un profesor alemán en la Universidad de Guanajuato. Los más eran hijos de buenas familias herederos de latifundios. Algunos eran falangistas; uno acababa de pelear por Franco en la Guerra Civil Española. El profesor no sólo los aconsejó sino que les consiguió fondos con los nazis locales. Pero este principio no fue tan súbito, tan espontáneo, como podría parecer. Pues en ese mero momento, a principios de 1937, la “tradicional, intransigente ultrarreacción mexicana” había sido forzada a entender que estaba provocando una confusión en su propio perjuicio. Los cristeros se habían ido de la mano; habían procedido a linchar a los profesores rurales del gobierno y habían terminado ellos mismos colgados de los álamos a través del Centro y del Norte.

El asunto Cedillo había fracasado; lo mismo que los camisas doradas. El supuesto pelele de Calles, [el] presidente Lázaro Cárdenas, había lanzado a su jefe

y predecesor fuera de México. Se había vuelto indio, era amado por los indios y había iniciado el reparto de la tierra bajo provisiones constitucionales a las que se había supuesto seguramente muertas. Así los tradicionales intransigentes se aliaron a los nazis, cosa que fue sin duda inevitable en ese tiempo y sitio y aprendieron de ellos una nueva técnica de organización de las masas de la cual la estructura interna del sinarquismo es sólo una indicación.

IV

Tanto los admiradores como los críticos del sinarquismo concuerdan en una cosa: que el movimiento tiene una elasticidad y una vitalidad de que sus predecesores carecieron. Si esto significa que el sinarquismo es algo más que la mano que se agarra, en rigor de muerte, de un orden agonizante, entonces *¿qué es?, ¿qué le da su dirección?, ¿por qué habrían de seguir ciegamente, cerca de medio millón de gentes pobres, a aquellos que en el curso total de la historia mexicana han sido sus enemigos naturales?*

Existen por lo menos dos respuestas: la más obvia es la existencia de esa organización aprendida de los nazis con su preciso sistema de detalles, su cuidadosa planeación y su exacta dirección. La segunda la constituye el hecho de que en el sinarquismo la reacción ha logrado por primera vez alcanzar los propios fundamentos de la vida mexicana y ha logrado obtener un exitoso atractivo para grandes porciones de campesinos. Esto lo ha logrado en parte apelando a la profunda religiosidad de los indios y en parte a través de cínicas promesas: otra técnica prestada.

Tal vez no fuera tan malo que el indio no recibiese la tierra que el sinarquismo le promete; después de todo el indio ha sido engañado y despojado de su tierra muchas veces antes. Ahora, sin embargo, está siendo despojado de otras cosas: su dignidad, su hombría, su coraje. Pues este movimiento está sondando la vera profundidad del ansia del campesino indio y lo está volteando contra sí mismo y contra sus hermanos. Antes de que el sinarquismo apareciera, pensaba el indio —si alguna vez lo hizo— que su enemigo lo era el terrateniente que le negaba un decoroso medio de vida. Pero está aprendiendo en palabras simples que eso no era cierto; que todas sus dificultades vienen de un gobierno “comunista”, de los gringos, de los misioneros protestantes y de los judíos. El hecho de que el gobierno haya dado tierra a otros campesinos iguales a él sólo le sirve para odiar a esos otros campesinos.

Es significativo que el sinarquismo haya tenido poco éxito dondequiera que el sistema ejidal ha sido propiamente administrado, y donde los bancos agrícolas del gobierno han hecho adecuados y honestos préstamos.

Su más firme posición está en la región agrícola del Bajío a donde el programa gubernamental de reparto de tierras no ha llegado aún; donde el tamaño promedio de las haciendas es el más grande del país. (Debe recordarse que ahora, 28

años después de la promulgación de la Constitución “revolucionaria” de 1917, cerca de 69% de la tierra laborable mexicana está representado por posesiones de 400 o más hectáreas.)

Consecuentemente, no fue accidental que el nacimiento oficial del sinarquismo tuviera lugar en León, el centro manufacturero de calzado en el Bajío, en el estado de Guanajuato. En esa región el dominio de los grandes terratenientes no ha sido desafiado; en la ciudad misma los salarios de la industria zapatera se han mantenido mediante el método de destajo a domicilio en un nivel tan bajo como 20 centavos (4 centavos de dólar al día). No lejos de las fábricas de zapatos está la casa, en la calle de la Libertad —una dirección inconscientemente irónica—, donde los jóvenes fundadores se juntaron por primera vez. Ahora es un santuario. Es también un santuario religioso con pasajes y capillas subterráneas, con verdaderas catacumbas pintadas de azul pálido, rosa y oro, bien iluminada y bellamente atendido por los Esclavos del Sagrado Corazón. Los mártires del sinarquismo son sepultados allí con jaulas de cantadores canarios colgadas alrededor de las tumbas y existe un asombroso número de criptas vacías esperando. Pero esto es un culto al martirio y quizá esas esperas estén justificadas.

Pero tenemos que volver a la pregunta: ¿por qué el campesino sigue al sinarquismo? Posiblemente porque le ha dado algo —un estado, una posición ante sus propios ojos y los de sus vecinos—. Le ha dado también un canal de escape para su descontento. Así, fuera de la ficticia promesa de tierra, el vínculo que ata al indio simple con el movimiento es una amalgama de las peores y las mejores pasiones que pueda poseer. Ahí está el negro odio estulto, tan disciplinado, que el objeto a odiar puede ser cambiado a voluntad del *jefe*; pero ahí está también el anhelo de ser alguien, de pertenecer a una sociedad que hasta la fecha no le ha permitido ser algo más que una bestia de carga. Él podría ser aún un mártir; y si ni esto fuera, puede cuando menos marchar, cantar y tener esperanzas. Una vez al año, en León, el Día de la Fundación, mayo 23, participa en una gran fiesta emocional de marchas y de cantos.

La celebración anual en León no es esencialmente un espectáculo para los extraños. Otras marchas son organizadas con este propósito; por ejemplo, la que se realizó en la ciudad de Morelia en 1941, cuando el entonces nuevo presidente Ávila Camacho presenciaba una fiesta municipal. Los sinarquistas le demostraron cómo, en una hora, treinta mil de ellos pueden rodear y, como jugando, capturar la plaza de una gran ciudad, todo en una forma militar mejor que la del ejército mexicano. (Desde entonces Lázaro Cárdenas, ahora ministro de la Defensa, ha organizado el nuevo ejército con fines, a la vez, de visual y práctica efectividad.) Pero las marchas en León, aunque constituyen una buena práctica militar para los “soldados” sinarquistas, son principalmente realizadas con fines de inspiración, nunca por disciplina ni para impresionar a sus oponentes.

Llegan de todas partes de la república en camión, a pie y en carreta, mujeres con sus niños viajando como las soldaderas de los tiempos de Pancho Villa. Yo vi

una brincando de un carro de ferrocarril con un bebé en brazos, enfermo de anginas y lloriqueando penosamente; no pude evitar el preguntarle:

—¿Señora, por qué lo ha traído si está tan enfermo? —Ella me miró con gran reproche.

—¿No sabe usted que él es también sinarquista? ¿Cómo podía haberlo dejado? Si muere será un mártir más de la causa.

Probablemente se murió. Y no quiero decir con ello que la mujer no amara a su hijo. Pero llevaban una vida tan sombría que cuando algo, cualquier cosa, fue vaciada dentro de ella —un viaje pesado, una marcha, la inanición puntuada con drama—, aun la muerte hecha gloriosa en lugar de monótona, ese algo se volvió irresistible.

Yo he visto las dos últimas marchas en León y no olvidaré nunca la cara del México que vi allí. Muchos millares de seres, todos parecidos, con su intensa y trágica preocupación, un semblante hecho de hambre y esperanza y de excitación por la marcha con las banderas doradas, los grandes caballos blancos, los cuerpos de tambores y aún ellos entre sí mismos. Todo ello producía un gran efecto.

La plaza en León es de un estilo colonial español puro, con portales y arquerías en dos lados, con el Palacio Municipal y una gran iglesia vieja cerrando cada uno de los otros lados; en medio del palacio y la iglesia habían situado el estrado de los oradores y habían colgado una gran bandera sinarquista que es, casi pero no exactamente, la misma bandera de la República; durante todo el tiempo las campanas de la iglesia repicaron dando un fondo estatal a la demagogia de los jefes y al sonido de los pies marchando.

V

Mi primer contacto personal con el sinarquismo ocurrió en León durante la marcha de 1943. La atmósfera era tensa. Había unidades de ambulancias listas para primeros auxilios. Los marchantes esperaban ser atacados por la Liga de Campesinos, de modo que no se les permitió desfilar por la plaza donde podían haber sido batidos en detalle. Permanecieron en un espacio abierto lejos del centro de la ciudad y había guardias eslabonados en torno de la masa formada. Era imposible hablar libremente con nadie. Parecía que hubiera una pistola debajo de cada sarape y no se dispensaba ninguna amistosidad hacia los gringos. Yo partí recordando las inexpresivas caras, el desconfiado silencio en el Cuartel General de la calle de la Libertad y la animada locuacidad de unos cuantos jefes con quienes pude hablar. Pareció ser un momento de transición, pero era imposible tener certeza sobre lo que flotaba en el aire.

Esa atmósfera de transición en León probó ser verdadera. Como los hechos demostraron posteriormente, una nueva política se estaba empollando. Quizá la mejor explicación esté señalada en un reciente análisis del sinarquismo hecho por el procurador general mexicano, Aguilar y Maya, quien señala que, “con su

estratégico trabajo para capturar el poder”, el movimiento sigue una secuencia evolutiva basada en las teorías de Ledesma, padre del fascismo español. Primero una fuerza política debe ser creada para el exclusivo servicio de lo que Ledesma llama “la idea nacional”. Entrenamiento y mártires para esto. Después viene el fomento de una revuelta contra el gobierno existente, mediante la creación de una alta tensión, descontento y finalmente la violencia. Aparentemente la decisión fue tomada en León en 1943 demostrando que estaban listos para pasar al segundo periodo.

Durante el resto de ese año hubo un creciente número de pequeños actos de violencia, “casos de prueba” por así decir. Cerca de Cuautla, en Morelos, hubo un tiroteo de ocho horas con fuerzas federales, originado por la resistencia contra la conscripción. Luego, hacia fines del año hubo un mitin de jefes en Popo Park, al pie de los volcanes. La prensa sinarquista usualmente hermética acerca de las reuniones de los jefes derrochó lirismo acerca de la inspiración y alta resolución demostrada en este “mitin de los volcanes”.

Pero nada sensacional ocurrió sino hasta el 10 de abril de 1944, cuando un joven teniente llamado José Antonio de la Lama y Rojas, en acecho ante el elevador privado del presidente en el Palacio Nacional, usó su revólver a quemarropa. Falló en su intento de matar a Ávila Camacho. Dos días después el teniente murió a consecuencia de las heridas de bala que recibió tratando de escapar.

El atentado de asesinato fue acallado por la prensa diaria mexicana, que es en parte falangista, toda extremadamente conservadora y totalmente opuesta al gobierno, excepto un periódico obrero y el propio órgano oficial. Aun esta última publicación informó que De la Lama era un desequilibrado y que había procedido por sí mismo. Los grandes diarios tomaron esta interpretación con avidez, y simultáneamente cambiaron sus reflectores, para hacer reír, hacia un subsecuente complot de bombas contra el presidente, un par de ex presidentes y otros funcionarios. Los veinte complotistas frustrados admitieron ser sinarquistas, pero cinco de ellos eran mayores de cincuenta años; de modo que su plan fue ridiculizado como “el complot de los viejitos” y los revolucionarios chochos fueron caricaturizados, satirizados y finalmente olvidados por todos, incluido Camacho. El incidente [de] De la Lama fue ahogado en una avalancha de chistes acerca de los viejitos y sus bombas de juguete.

Al mismo tiempo Lombardo Toledano, presidente de la Confederación de Trabajadores de la América Latina, convocó a un mitin de masas en el cual enseñó fotografías de De la Lama con otros oficiales del ejército, un sacerdote mexicano y un sacerdote vistiendo el uniforme de capellán del ejército de los Estados Unidos, a quien Toledano nombró como el padre O'Brien. Acusó al grupo de ser parte de una organización llamada Amigos del Soldado, aliada de los sinarquistas, y dio la dirección de su capilla privada. Después, el semanario *Tiempo* publicó lo que pretendía ser un reporte verbal sobre una reunión en memoria del teniente muerto, celebrada el 14 de abril en el cuartel general sinarquista. Se hizo de él un mártir oficial, de acuerdo con este reporte, y se citaron las palabras fina-

les del orador que condujo el mitin: “y nosotros vengaremos la sangre de este hermano traidoramente asesinado”. Como los nazis, los sinarquistas tienen muy escaso sentido del humor.

En mayo sin embargo las cosas parecían rosadas aún para los sinarquistas y decidieron hacer una gran cosa de la marcha correspondiente al Día de la Fundación de 1944. La diferencia con el año anterior fue evidente para mí desde el momento en que llegué a León. Ningún temor de ataque les impidió reunirse en la plaza esta vez, y yo pude ver, desde una azotea, el desfile de cerca de 30 000 gentes. Primero aparecieron los líderes a caballo, los más importantes vestidos con camisas de caqui, los otros con ropas campesinas y jorongos sobre sus hombros. Éstos se desplegaron, todavía a caballo, alrededor de la plaza, ahora llena con los “soldados” masculinos y femeninos que habían penetrado detrás de sus jefes. Durante los discursos que duraron cinco horas yo anduve entre la multitud; a nadie se le permitió usar sombrero en presencia de la bandera; el sol era insoportable; muchos se desmayaron. Tuve la impresión de que tener a gente desmayándose en torno de uno era estimulante, que satisface el complejo del mártir, pero para mí era preferible la sombra detrás de la plataforma de los oradores. Ahí me refresqué conversando con los jefes que bajaban de la plataforma de cuando en cuando para reposar. Estaban muy satisfechos de sí mismos y muy exuberantes.

VI

Esta vez, en lugar de la tensa hostilidad hacia el gringo, recibí una alegre acogida. Claramente la actitud oficial hacia los “norteamericanos” había cambiado. Con un jefe de California yo había presenciado el sistema cuidadosamente organizado para recibir a los “soldados”, a medida que arribaban en pequeños grupos a pie y en camiones, en las afueras de la ciudad. Fueron llevados directamente a las casas designadas para alojarlos, de tal manera —excepto para la manifestación planeada— que esos millares de visitantes no eran notables en el aspecto de la población. Se me había permitido asistir a la misa dedicatoria en la iglesia de San Miguel, una misa para gente pobre con la bandera sinarquista al pie del altar y los adoradores arrodillados, compactamente sobre el piso de piedra y hasta la calle sobre el polvo. Aun el jefe supremo —visible— me había concedido una cordial entrevista.

Pero fue el editor del periódico oficial *El Sinarquista* quien arrojó la mayor luz sobre la nueva política. Éste es un joven reservado, uno de los fundadores, que hasta entonces había estado durante años escribiendo incesante propaganda antigringa. Pero en respuesta a una pregunta de rutina, que en otro tiempo pudo haber provocado el ataque rutinario contra el imperialismo yanqui, esta vez se produjo un retumbante elogio de la política de los Estados Unidos en México y especialmente de nuestro embajador, George Messersmith. Esto pareado con una tirada igualmente animosa contra el embajador ruso, Constantino Oumansky,

quien posteriormente murió en un extraño accidente aéreo en las afueras de la ciudad de México.

La explicación para este cambio de política, que después obtuve de sinarquistas y de periodistas mexicanos independientes, fue que los jefes pensaban realizar un acuerdo con la embajada americana o con alguien que tenía su aprobación. Estaban cambiando su programa de odio al yanqui para atacar a Rusia y específicamente a la embajada soviética local. En recompensa ellos esperaban que, cuando llegara el tiempo “de ajustar el destino nacional por la violencia”, el ajuste fuera permitido sin interferencia por los Estados Unidos. La ansiedad de los jefes para lograr tal entendimiento no se puede dudar, puesto que la actitud de los Estados Unidos es cuestión de primera importancia para cualquiera que piense hacer una revolución en México. No tengo medios para saber si tenían alguna razón para creer que un entendimiento de tal especie hubiera sido logrado con alguien que hablase a nombre de la embajada. De todos modos esa política fue un fracaso desalentador. Pocas semanas después de que el editor proclamara su súbita admiración por los Estados Unidos tuvo que afrontar los cargos hechos por el procurador general de “incitar y provocar al ejército y al pueblo en general a la revuelta y a la sedición” y de “insultar a una nación amiga y a sus representantes legales en este país”.

Tal vez los jefes se mostraron demasiado confiados sobre su éxito en numerosos lugares; tal vez la línea de ataque había sido planeada y carecía de fluidez suficiente para permitir un cambio ante la inesperada firmeza de la acción del gobierno. Pero el 22 de junio el periódico *EL Sinarquista* apareció con un violento llamado al ejército mexicano para que se levantara contra una huelga general que estaba supuestamente señalada para estallar el 5 de julio. Esta amenaza de huelga, que nunca se realizó, había sido condenada por la CTM, la organización oficial del trabajo, y estaba siendo fomentada por un grupo de tendencias sinarquistas, que había sido expulsado de la CTM.

La línea sinarquista pretendía que en esa huelga general el país se convirtiera en una república soviética. El Palacio Nacional sería cambiado a la embajada rusa. “El pueblo peleará al lado de los soldados contra los comunistas”, decía el llamado. “Soldados de México, alerta, soldado de México a las armas.” Pero lo peor desde el punto de vista del procurador general fue el editorial sinarquista: “Esto no es gobierno”. Era el viejo llamado al orden, afirmando de plano que el régimen de Avila Camacho no podía propiamente merecer el nombre de gobierno. “Nosotros hemos levantado un ejército de 500 000 soldados que están resueltos a darle a México un gobierno con verdadera autoridad. ¿Puede un régimen ser llamado gobierno cuando está presidido por un hombre que prefiere abandonar su pueblo a merced de los buitres con tal de no aniquilar a los buitres?”

En tal virtud, el 5 de julio, en vez de defender a México contra la huelga general, los jefes tenían que defenderse contra unos cargos que sonaban muy serios. El periódico fue suprimido y en los ocho principales estados donde venían operando se prohibió a los sinarquistas reunirse.

El llamado a la insurrección fue contestado en unos cuantos casos aislados. Algo a lo que se llamaba el ejército del centro y del sur, integrado principalmente por jóvenes fugitivos que habían rechazado la conscripción, entró en actividad en Morelos; un capitán Castañeda Chevarría, amigo de los amigos de De la Lama, invitó a los reclutas de un campo de entrenamiento a levantarse. Fue juzgado por una corte marcial y se le dio sentencia de expulsión del ejército con degradación pública. Pero estos eventos, como antes, parecieron insignificantes y conforme a la manera habitual sinarquista la complicidad fue siempre negada a pesar de toda evidencia.

Después de la supresión de julio mucha gente se felicitaba de que al fin la reacción sinarquista hubiera sido aniquilada. Hubo una impresión optimista de que el movimiento había perdido su apoyo popular, aunque eso no puede ser medido hasta que se permita una nueva marcha. Los jefes andan diciendo que esto ocurrirá pronto, que la prohibición será levantada y probablemente lo sea. Es difícil de entender la línea de acción de Ávila Camacho. Después de todo, el capitán Castañeda no fue fusilado; se le dramatizó. Los viejitos complotistas fueron todos perdonados, y aunque el periódico oficial permanece prohibido existen hojas sustitutas. Y, en el momento de escribir esto, el editor y otros jefes se reúnen en la ciudad de México para discutir, entre otras muchas cosas, el rápido crecimiento de una nueva arma sinarquista, el Instituto de los Mártires. El propósito de esta organización parece ser la hechura de mártires entre la oposición así como entre sus propias filas; sus tres principales divisiones son llamadas: Inteligencia, Contraespionaje y Ejecución.

Probablemente la idea de Camacho sea seguir la tradición de no violencia usada tan efectivamente por su predecesor. La política de Cárdenas era dar a sus más violentos oponentes suficiente reata para que se ahorcaran solos. Aun en el estruendoso caso de Cedillo, que se fue al cerro con su ejército privado con cañones y consejeros alemanes, al traidor se le permitió desinflarse por sí mismo —cosa que hizo con asombrosa presteza—, muriendo abandonado por todos sus admiradores. Pero hasta la fecha no puede decirse del sinarquismo que esté abandonado y muriéndose.

VII

Aún parece estarse recuperando muy bien del gran cisma planteado por Salvador Abascal, un antiguo jefe supremo que se volvió contra el sinarquismo el pasado verano y atacó el presente liderato en una serie de furiosas entrevistas periodísticas: Abascal fue siempre un purista, tan fanático como Hitler mismo. No podía tragarse tan inmundas componendas como “el blanqueo de Benito Juárez”, el gran libertador mexicano que recientemente ha recibido cautelosos elogios de los jefes sinarquistas. Pero sobre todo, Abascal censuró los esfuerzos del mando del movimiento por lograr un entendimiento con los Estados Unidos. “Una cosa

verdaderamente vergonzante”, gritó, “es colocar el catolicismo del pueblo mexicano y la ‘cristiandad’ de los Estados Unidos en el mismo plano”.

En sus “revelaciones” a la prensa, Abascal declaró que, cuando todavía estaba como jefe en 1941, le habían ofrecido dinero procedente de los Estados Unidos, cosa que él rechazó. Pero acusó a los líderes posteriores, especialmente a Torres Bueno, no sólo de aceptar el dinero, sino también de traicionar el movimiento con su flirteo hacia la embajada americana. He aquí sus propias enojadas palabras:

Es una fantasía que quizá Torres y su pandilla creen que, cuando el rompimiento de los Estados Unidos y Rusia ocurra, nuestros primos demandarán del gobierno mexicano que destruya a la izquierda y que, en consecuencia, el presidente se verá obligado a llamar a los sinarquistas para que asuman el poder.

El furor provocado por la ruidosa renuncia de Abascal parecía, sin embargo, estarse aquietando hacia fines del verano; los cargos de sedición hechos por el gobierno no fueron presionados; y hacia el otoño el movimiento estaba operando casi como de costumbre, excepto que con más guardianes en su antiguo cuartel general de la ciudad de México. De pronto, el 12 de octubre de 1944 —Día de Colón, Día de la Raza— empezó una serie de acontecimientos que parecían indicar la probabilidad de que el credo de Abascal, de inquebrantable oposición a los norteamericanos, había predominado dentro del movimiento a pesar de todo.

Ese día fue no solamente una gran fiesta sinarquista, sino además el principio de un año de celebraciones conmemorativas del cincuenta aniversario de la coronación de la virgen de Guadalupe, el símbolo religioso más reverenciado en México. Y fue en ese día en nombre de la virgen que el arzobispo Martínez declaró una pelea “a fondo”, hasta las meras raíces, contra el maligno protestantismo. El mismo día el nuevo arzobispo de Morelia, también en el santuario de Guadalupe, señaló juntos al protestantismo y al comunismo como las dos fuerzas que están minando inexorablemente el orden social. Y el domingo siguiente, octubre 15, otro sacerdote más en el curso de su sermón preguntó:

—¿Quién es responsable por nuestra falta de gasolina y nuestra falta de arroz?
¿Quién es responsable por todos nuestros males?

Y la respuesta brotó como una sola voz de la congregación:

—Los gringos, los Estados Unidos, los Estados Unidos...

Si esa guerra estallará o no es cosa que será decidida este año. Las fuerzas tradicionales de la reacción mexicana están muy seguras de sí mismas actualmente. Los sinarquistas están yendo por parejas o tríos a la Argentina y regresan cargados de nuevas ideas y de fraternal comunión (yo escuché la descripción detallada de las bombas voladoras hecha por un sinarquista que acababa de regresar de la Argentina, mucho antes de que aparecieran en el horizonte británico). Por materia prima ellos tienen la frustración, el descontento provocado por

la escasez y la inflación, los confusos resentimientos que a veces explotan en tan inesperadas demostraciones como los motines en la plaza de toros. Pueden aun arder en algo más violento y más sustancial; es claro, cuando menos, que ese elemento explosivo está siendo manipulado con una astucia y una habilidad de organización que ningún líder de los tradicionalistas —ni aun el mismo Díaz— había desplegado jamás. □

